

Prólogo a *Las vueltas del perro* de Santos Vergara

Por Elisa Moyano

Mayo de 2015

La actualización de la narrativa latinoamericana, aquella que surge tras el agotamiento del nativismo y el regionalismo (y sin embargo los recupera según lo afirmaron Antónío Cândido y Ángel Rama), aquella que recibiera el impacto del psicoanálisis y los movimientos de vanguardia, se hacía esperar en Salta.

Y fue en 1998, cuando con muy pocos y a veces tibios antecedentes, se instaló en la escena literaria de esta provincia, con la publicación de *Las vueltas del perro* del escritor oranense Santos Vergara.

Podríamos, sin embargo, preguntarnos si esa puesta al día es la que explica el éxito de la novela que ha corrido de mano en mano y ha sido leída, muchas veces en fotocopias, por varias generaciones de estudiantes.

Estamos seguros de que no. Lo expuesto en el primer párrafo son reflexiones académicas que han encontrado, en importantes teorizaciones de la literatura latinoamericana como las de Cândido o Rama, una explicación de lo ocurrido en el propio contexto.

El logro de la novela está en los múltiples hallazgos que la caracterizan. Veamos por ejemplo:

el entrecruzamiento de varias historias dichas desde personas gramaticales y puntos de vista muy diferentes que mantienen una expectación impaciente del lector porque la resolución de las situaciones planteadas se demora;

el hecho de que estas historias rozan el misterio (unas extrañas apariciones en una finca oranense) o hacen lo propio con la novela familiar de los niños maltratados que buscan una salida para su dolor;

la recuperación de mitos y leyendas locales criollas o propias de los pueblos originarios (el ucumar, el lobisón, el familiar, el origen del Bermejo) que aparecen entre comillas y, a veces, en cursiva y sin aparente conexión con lo que se viene narrando como si fueran un adorno que no resulta tal sino que, más adelante, se entiende que son una parte fundamental de la trama, tanto como cuando se las incluye en ciertos diálogos;

la aparición, también escrita en una cursiva diferente, de fragmentos poéticos que vuelven, como otros momentos de la novela, a hablar de las regiones y los seres que poblaban el panteón wichi: Nilataj, Tokwaj;

la de parábolas evangélicas como la del hijo pródigo que son retomadas en varios momentos, a veces en el relato de los sueños que persiguen al niño protagonista y narrador de su propia historia;

la creación de caracteres notables (el padre autoritario, el niño tratado como un perro que no logra recuperar su paraíso infantil, el indígena misterioso autor de todos los relatos que se cuentan y el contador de esas historias, entre muchos otros);

la irrupción de diálogos entrecomillados o no, pero siempre descontextualizados que varias páginas después somos capaces de reubicar en alguna parte de las historias que se entrecruzan.

En resumen, varias son las razones por las que la novela no ha perdido vigencia y atrapa al lector: una es la intriga, esa expectación de la que hablábamos al principio; otra son los elementos ajenos que, como parte de una rica intertextualidad en la que no es menor el impacto de la nueva novela latinoamericana, son útiles a una composición que por su variedad pretende ser similar al universo en su estructura y no la copia de un rincón mediante un espejo.

La última tiene que ver con el papel que necesariamente debe jugar el lector de una novela como ésta ya que, en una operación propia de una lectura activa, debe reconstruir las historias que aparecen en esquirlas, reubicar los diálogos y los relatos de los mitos y, como si eso fuera poco, en una lectura productiva debe reunir esos fragmentos dispersos a lo largo de la obra con su propio conocimiento del mundo y de las letras. Todo un desafío que invito a realizar a ustedes, futuros lectores de *Las vueltas del perro*.